

SERGIO S. MORÁN

LOS
MUERTOS
NO
PAGAN
IVA

UN CASO DE LA DETECTIVE
PARABELLUM



Verónica Guerra es detective paranormal. Es a quien recurre cuando intentas cazar gamusinos o cuando un licántropo intenta cazarte a ti. Es dura, con recursos, imparabile, y necesita unas putas vacaciones.

Acompañaremos a la detective por Madrid, lejos de monstruos, tiroteos y demás rutina. Pero su paz se verá constantemente interrumpida por corrupciones inmobiliarias, saqueos de conventos y tráfico de almas.

La detective tiene que enfrentarse a la cruda realidad: su pasado y sus enemigos no la dejarán descansar.

Ni muertos.

1

PERDER LA CABEZA

Alguien le había dado un mordisco a mi coche nuevo.

Tras dar un corto paseo volví a entrar en la plaza del pueblo y ahí estaba, aparcado tras una furgoneta donde lo había dejado. El pobre se inclinaba hacia el lado de la rueda deshinchada, señalándome la patita herida que me apresuré en ir a atender.

Ayudándome de la pobre luz amarillenta de las farolas examiné el desperfecto y descarté al momento que había pinchado con alguna piedra del camino. No, a lo largo de la goma e incluso por parte de llanta pude ver agujeros del tamaño de mi dedo, agujeros que formaban un recorrido a ambos lados. No hacía falta ser dentista para darse cuenta de que los desgarros dibujaban unas fauces, ni antropólogo para descartar que esta fuese humana.

Era un mordisco. Tan grande como para abarcar la rueda de mi coche, y tan afilado como para perforar el metal de la llanta.

Examiné el resto del coche, pero no encontré más daños. Lo que fuese que hubiese hecho el destrozo se había limitado a una rueda. No era un sabotaje, aún tenía la rueda de repuesto intacta, y alguien que quisiese pararme los pies hubiese reventado al menos dos. No quería evitar mi huida, buscaba precisamente lo contrario. Era un mensaje.

Vete. Sal de aquí ahora que aún tienes cuatro ruedas y una cabeza.

Me puse de pie y miré alrededor. La plaza estaba vacía y salvo el ruido que venía del bar del pueblo no había más señales de vida. Sopesé mis opciones. Un mordisco del ta-

maño de una rueda no iba a hacerme cambiar de planes a estas alturas. Además, las amenazas de muerte siempre me dieron sed así que comencé a caminar hacia el bar.

En cuanto crucé la puerta las voces de los lugareños se callaron durante un segundo, y me miraron con la misma curiosidad con la que me habían recibido todos los días de la última semana. No solían recibir muchos turistas en Torreardor, un pueblecito perdido en la frontera entre Ávila y Cáceres, y el bar aún no se había acostumbrado a acoger a alguien que, a pesar de mis nuevas ropas de monte o precisamente por ellas, era claramente carne de ciudad.

El tono conversacional volvió al bar, aún con alguna mirada suspicaz, mientras me acercaba a la barra a pedir una cerveza que me ayudase a tragar mi penúltima amenaza de muerte.

—¿Vas a quedarte mucho más tiempo en el pueblo?
—preguntó el camarero con un tono difícil de interpretar, bajo las paladas de hosquedad bajo el cual lo había enterado. Mi apariencia, cosmopolita por primera vez en mi vida, alteraba las aguas tranquilas del pueblo. El camarero del único bar, figura superior a cualquier concejal, sintió el deber de averiguar el fin de mi visita, por el bien de sus parroquianos.

—Todo el tiempo que las hermanas me necesiten —respondí, sabiendo que mi colaboración con el convento era lo único que me otorgaba salvoconducto al bar—. El relicario que contiene los restos es mucho más interesante de lo que parece, y estamos intentando datar una de las piezas, que parece ser un añadido posterior a su creación, por el estilo de las máscaras que están grabadas en...

El camarero se defendió con un gruñido parándome en seco, y huyó a otro lugar de la barra con menos palabras. Recitar algún párrafo de mi temario de Arte Eclesiástico era a veces mejor arma que mi pistola de balas benditas. Yo cogí mi cerveza y me giré al oír la puerta abrirse. Sonreí al ver a la hermana Carolina entrando por la puerta.

—Hola, Verónica —me saludó con un gesto efusivo—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Negué con la cabeza mientras señalaba el vaso lleno. La hermana se apoyó a mi lado en la barra y dedicó su sonrisa al camarero, el cual se la devolvió haciendo un esfuerzo notable. Seguramente mañana tendría agujetas, pero nadie era capaz de no devolverle la sonrisa a la dulce hermana Carolina.

—Buenas, Patro —le saludó—. Ponme un descafeinado de sobre. ¿Y tienes un cigarrillo?

Por lo que sabía, la jovial y feliz Hermana Carolina no llevaba mucho tiempo en el convento, pero la sonrisa amable que reposaba cómoda sobre sus acolchados mofletes había logrado hacerse rápidamente un hueco en los lugares, cuatro de los cuales rebuscaron en sus bolsillos buscando tabaco que ofrecerle. Ayudaba bastante que cada vez que aparecía en el bar, abría una caja de las pastas artesanas que hacían en el convento y repartía entre toda la población.

El más rápido de los clientes había sacado un paquete de Ducados y se lo ofrecía. La hermana Carolina, sabiéndose en confianza para hacerlo, me ofreció uno.

—No gracias, lo dejé hace años —respondí.

La hermana recibió mi noticia con la misma alegría que si le hubiese dicho que me había salido de la heroína, y cogió un cigarrillo y el mechero que le ofrecían, mientras me señalaba la puerta. A pesar de que no me apetecía volver a salir al frío otoño de la sierra, no pude negárselo, y llevé mi cerveza y su café a una de las mesas de la terraza.

—Haces bien, no sabes lo peligroso que son estos vicios. —Mi mano derecha, dándose por aludida, hizo un gesto en dirección a mi mochila, buscando algo. Para engañarla le ordené agarrar una de las pastas que aún quedaban en la caja, y mi boca se entretuvo con el sabor a maza-pán—. Y lo feo que queda, ¡si me viese alguna de las hermanas!

—No creo que en la Biblia ponga nada en contra del tabaco. Vamos, debe de ser una de las pocas cosas que no prohíben. —Carolina recibió mi comentario con una sonrisa suavemente reprobatoria.

—Es un vicio malsano, y todos los vicios están mal vistos, Verónica. Empobrecen el espíritu y la mente.

—¡Pero saben tan bien! —No pude evitar responder aún con la boca llena de mazapán. Carolina dejó escapar una carcajada nasal mientras se ruborizaba, sabiendo que estaba cayendo en uno de esos vicios que criticaba.

—Por cierto, me ha parecido ver que tienes la rueda pinchada.

—Si, nada grave, no te preocupes. —Tragué cerveza—. La cambio en un santiamén y luego te llevo al convento. El padre Marcello aún no ha llegado, todavía tenemos que esperarle.

—¿Dónde se ha ido? —preguntó mientras apuraba su café.

—Le he mandado a un recado.

—¿Le has mandado a un recado? —preguntó—. Creía que trabajabas tú para él.

—Es algo que solo él podía hacer —respondí sin dar más explicaciones, noté la mirada que me dedicó la hermana, que durante un segundo me hizo pensar.

La hermana Carolina, la dulce y sonriente y amable y alegre hermana Carolina. Siempre dispuesta a ofrecerte una palabra amable, un gesto, un detalle o una pasta. En los días que llevaba en el convento, se había mostrado atenta conmigo, siempre pendiente de que no me faltase nada. Tenerla al lado era una bendición.

Y no me fiaba una puta mierda de ella.

Había algo. Algo que era incapaz de identificar, pero había algo tras esa amabilidad. O debajo. O encima, o por algún lado, pero nadie era tan amable conmigo gratis, especialmente cuando tras casi una semana viviendo la vida mo-

nástica de madrugones y duchas de agua fría yo no era la persona más receptiva del mundo.

Pero en todo ese tiempo, el único secreto que había conseguido averiguar de ella era que fumaba a escondidas tabaco negro, y estaba convencida de que ya medio convento lo sabía.

Dejé escapar un suspiro. Quizás era paranoia, mi trabajo no era la hermana, no había motivos para pensar que tenía una agenda oculta. Quizás la falta de acción hacía que mi instinto de detective buscara algún otro hueso que roer.

Un todoterreno aparcó en la plaza, y las luces nos cegaron hasta que se desvanecieron junto al ruido del motor. Cuando recuperé la vista, un chico joven bajó de un salto del coche y se acercó al bar corriendo y jadeando con una risa mal disimulada.

—¡Ya está! ¡Ya ha llegado el cura! Y ha traído un montón. ¿Quién quiere verlos? —gritó asomando la cabeza al interior. Tras varios segundos de murmullos, varias cabezas asomaron del bar, contagiadas por la sonrisa que había traído el chico.

Carolina me miró extrañada y yo le sonreí divertida señalando al cuatro por cuatro. De él bajaron dos figuras. Uno era un cazador del pueblo, que bajaba y me dedicó una sonrisa en cuanto me vio en la terraza.

—¡Verónica! Un fiero tu amigo el italiano ¿eh? —Me hablaba a mí, pero su tono teatral también iba dirigido al público que se había congregado detrás nuestro mientras intercambiaban risitas—. Se ha dado de muerte, estaban por todos lados ¡hemos cazado un huevo de ellos!

Del coche bajó el Padre Marcello, cargando con un saco que pesaba como si estuviese lleno de piedras, y la sonrisa forzada del que no entiende muy bien lo que está pasando.

—¿Qué? ¿Habéis ido de caza? —preguntó Carolina sorprendida al descubrir el recado al que había enviado al padre—. ¿A cazar qué?

—Gamusinos —respondió el cura al acercarse cargando con el saco cerrado. Carolina contuvo la risa justo a tiempo y solo asintió mientras me dedicaba una mueca y una mirada de asombro. Entre el público, los más lentos que aún no habían recibido la noticia del extranjero al que había convencido de ir a cazar gamusinos dejaron escapar algún bufido cómico. El cura no pareció percatarse, tan ocupado estaba intentando no volcar el saco de piedras.

Porque eran piedras, por mucho que el padre Marcello creyese que se trataba de criaturas que no constaban en su no tan amplio conocimiento de español. Y pocas criaturas eran tan españolas como los gamusinos, que consistía en un engaño para los de fuera consistente en decirles que iban a cazar unas criaturas escurridizas pero sorprendentes, para llenarle la bolsa de piedras. En todo Torreador no había nadie más de fuera que el pobre padre Marcello, tan lejos de su Nápoles natal. Un par de horas antes yo había convencido a base de euros a un cazador ocioso que lo llevase a cazar gamusinos, y que se encargase de no abrir el saco y desvelar la broma hasta que estuviese delante. Y el hombre había cumplido su palabra.

—Bueno —comenzó mientras me miraba—. ¿Le dejamos ya que vea lo que ha cazado?

—No —corté. El cazador me miró extrañado pero sin dejar de sonreír, suponiendo que quería alargar la broma—. ¿Cuántos dices que has cazado?

—Eh... ocho —improvisó—. ¿Por qué?

—Bien, ocho gamusinos... —dije mientras extraía la cartera de mi mochila—. A quince euros el gamusino... son... —Saqué un fajo de billetes de mi cartera, y empecé a sacarlos—. Ciento veinte euros ¿no?

—¿Qué? —Borró la sonrisa al ver los billetes, los billetes se sorprendieron, acostumbrados a producir el efecto contrario—. No. ¡Joder! No me dijiste que querías... comprar gamusinos.

El murmullo se extendió por el bar como una ola, produciendo risas al chocar con algunas personas.

—¿Para qué si no te habría pedido que fueseis a buscarlos? —pregunté, con normalidad—. ¿Es poco? ¿Ciento treinta por todo y me quedo con el saco?

Pude ver cómo un ángel diminuto se le aparecía en su hombro derecho, y cómo un demonio de tamaño medio hacía lo mismo en su hombro izquierdo llegando a escorarlo por el peso. Durante un segundo sintió lástima por mí, pero durante el resto de segundos siguientes debió de dejar de hacerlo, extendiendo su mano hacia el fajo, y señalando el saco.

—Todo tuyo... —concluyó el cazador, ante el público, que mantenía silencio confuso por el desarrollo de lo que creían que era una broma.

—¿Lo llevas al coche? No dejarás que cargue el pobre padre con él otra vez. ¿Verdad?

El hombre se apresuró a meter los billetes en su bolsillo, y cargó con el saco, incapaz de quitarse la cara de estupefacción. Con algo de esfuerzo logró posarlo en el maletero de mi coche.

—Ya que estás... —le dije mientras dejó escapar un resoplido—. ¿Serías tan amable de ayudarnos a cambiar la rueda?

El cazador me miró, y el bulto que hacían los billetes en su bolsillo le obligó a sonreír mientras asentía con la cabeza.

Observó las marcas en mi rueda y luego me volvió a dedicar la misma cara de estupefacción que cuando le solté el dinero.

—¿Qué...? ¿Qué le ha pasado a la rueda?

—Creo que ha debido de ser un gamusino muy gordo. Hoy es noche de luna llena, están por todas partes.

El cazador dio un paso hacia atrás, y por un momento sintió el saco de piedras que acababa de posar en mi maletero moverse. Los tertulianos del bar observaban entre ató-

nitos y divertidos como el cazador cambiaba la rueda de mi coche en un tiempo récord, y volvía rápidamente de nuevo al refugio de su bar.

Le dediqué una sonrisa mientras lo despedía con la mano, indiqué a Carolina y Marcello que subiesen al coche y arrancamos. En el maletero de mi coche había un saco de gamusinos que había conseguido a buen precio y sin apenas esfuerzo.

Ya tenía el cebo. Ahora me tocaba a mí ir de caza.

Una semana antes, en Barcelona, el padre Canastos me miraba desde la silla de mi despacho. Iba vestido de manera formal y alzacuellos, algo poco habitual en él, más acostumbrado a ocultar su profesión. A su lado una maleta de viaje le esperaba, fiel como un perrito.

—¿Un gigante os está robando las reliquias? —Incluso en mi propio despacho esa frase sonaba extraña, y en la puerta ponía «Parabellum, Detective Paranormal», que ya dejaba el listón bastante alto antes de entrar.

—Suponemos que es un gigante, pero es difícil sacar información a una docena de frailes asustados y con voto de silencio. Por el momento se ha llevado el Dedo incorrupto de San Bernabé de Todas las Abstinencias y Los Santísimos Pelos de Marta del Martirio. —Sentí fascinación por el padre, y su poder de otorgar tanta solemnidad a nombres tan ridículos que apenas dejé escapar una sonrisa contenida—. Y tememos que vuelva a atacar.

—¿Dónde?

—En el Convento de Hermanas de la Santa Cabeza, en Ávila.

—¿Por qué creéis que ahora va hacia allí?

El padre me miró y me dedicó esa sonrisa amable que solía usar con los feligreses que le preguntaban si había vida después de la muerte. Él tenía la respuesta, claro que la tenía, pero no la iba a dar, al menos no directamente. En mi

experiencia, esa sonrisa era un muro infranqueable, y el caso me intrigaba, así que decidí no perder más tiempo.

—¿Y por qué yo? No es que dude de mis propias capacidades profesionales, pero la Iglesia siempre ha insistido en mantener la mierda dentro del convento, con perdón, padre. Me extraña que de golpe me vengas con un caso de este calibre, y no lo estés resolviendo tú.

Mi modestia no surgía de la nada. El padre Canastos no era un cura al uso. La Iglesia se ha tenido que enfrentar a muchos exorcismos, milagros y demás asuntos demasiado incontrolables para dejarlo en manos ajenas al Vaticano. Canastos destacaba en España en una rama poco conocida del catolicismo, para la cual debías saber disparar, pelear y bendecir agua a más de dos litros por segundo. Normalmente el propio padre era el que se encargaba de gestionar asuntos tan extraños que era mejor que quedasen escritos en los márgenes de los textos sagrados. Y el propio padre era a quien recurría yo para asuntos que superaban mis limitados conocimientos de la Biblia. O para conseguir bendiciones rápidas, pocos curas bendicen un cargador de 9 mm sin mirarte al menos un poco raro.

En definitiva, el padre Canastos hacía el bien a base de tiros, repartía la comunión con la mano abierta y de vez en cuando me venía con algún trabajo bien pagado. En días así me daban hasta ganas de marcar la casilla de la Iglesia en la declaración de Hacienda. Pero tampoco me duraba mucho.

—Me temo que tengo asuntos más urgentes en Roma. Un riesgo de cisma. —Arqueé la ceja de manera interrogativa, y esta vez Canastos cedió ante mi curiosidad—. Alguien ha planteado que, si la Santísima Trinidad son tres y a la vez uno, antes del nacimiento de Cristo eran dos, pero al mismo tiempo seguían siendo uno, Cristo no cuenta como uno para... No te rías Verónica, sé que parecen tonterías, pero la última vez que en la Iglesia Católica alguien planteó algo parecido Europa acabó dividida. Es algo de extrema

importancia, o no dejaría el futuro de una de las reliquias más importantes de nuestro patrimonio en tus manos.

Asentí, intentando quitarle hierro al asunto con un gesto.

—De acuerdo, padre. Cuenta con mi ayuda. ¿Cuánto tiempo tengo para prepararme?

—Según nuestros cálculos, sabiendo que solo se mueve de noche y la distancia desde la última vez que fue visto, el gigante atacará el monasterio a principios de la semana que viene. La madre superiora está sobre aviso, y uno de mis hombres, el padre Marcello, te ayudará en lo que necesites.

Una terrible idea cruzó por mi cabeza.

—No voy a tener que disfrazarme de monja ¿verdad?

En ese momento, y con el frío de la noche de la sierra hubiera pagado un dineral por un hábito de monja, pero no había hecho falta. La madre superiora había aceptado sin ningún tipo de disputa mi alojamiento sin preguntarme por mis antecedentes eclesiásticos. Por suerte.

El papel que me había entregado el padre Canastos firmado por el mismo arzobispo era más que suficiente para abrirme paso, y de cara al resto de monjas yo era una profesora de universidad que venía a ayudar al padre Marcello a estudiar el arte del monasterio. Por primera vez en los más de diez años que hacían desde que había dejado la carrera, mi título de Historia del Arte servía para algo.

Metí los brazos por dentro de mi sudadera y me abracé a mí misma. El chubasquero que me cubría no me quitaba el frío de principios de noviembre, y llevaba demasiado tiempo agazapada escondida entre los arbustos, esperando.

Había dejado a las hermanas en el convento, tras prohibirle a nadie que abriese el saco de gamusinos. Si alguien mirase en su interior demasiado pronto la magia se rompe-

ría, y los gamusinos volverían a ser un montón de piedras. Tras eso había dejado el coche aparcado al final de una pista, y había arrastrado el saco hasta un desfiladero que según mis fuentes sería el único paso entre el convento y el camino que debía cruzar el gigante. Tras cargar a las criaturas, que empezaban a moverse dentro del saco inquietas, azuzadas por los rumores que ahora mismo debían estar corriendo por el bar del pueblo más cercano, entré en calor hasta el punto de que me permití el lujo de arremangarme la sudadera.

Pero eso había sido hacía ya un par de horas y, en esta época del año, en la sierra, y cerca de un arroyo el frío y la humedad iban a acabar conmigo antes de que el gigante llegase a oler siquiera las criaturas.

Y las iba a oler, claro que sí. Aún no tenía suficientes datos como para averiguar con qué tipo de gigante me iba a enfrentar, pero si todos los gigantes tienen algo en común, además de poder sacarle una cabeza a cualquiera ya fuese en altura o tirando fuerte con la mano, es que son carnívoros. Si bien sus dietas pueden variar y alguno prefiera más la carne de humano que la de vacuno, a lo que no se podían resistir era a la carne de otras criaturas mágicas. Especialmente a una especie tan escurridiza como eran los gamusinos, que solo podían existir bajo el engaño.

Por eso sabía que el gigante pasaría por ahí, y yo lo estaría esperando, bien armada y bien preparada.

Y congelada.

Guardé el papel con migas que hasta hacía unos minutos contenía las pastas caseras que me había preparado la hermana Carolina y busqué en mi mochila algo con lo que entrar en calor. Saqué mi neceser de runas intentando recordar alguna que pudiese ayudar. Hurgué entre ellas, piedras grabadas la mayoría con símbolos nórdicos y alguna que otra de origen celta. Normalmente eran caras, y las que yo tenía no solían ser muy potentes o no poseían intrínsecamente mucha magia. Mis dedos encontraron entre

ellas una runa de fuego, alargada, grabada en madera de alcornoque. Al partirla a la mitad, se consumía en llamas. Era estúpidamente cara para ser una cerilla con ínfulas, pero nunca estaba de más llevar una. De todas maneras, si prendía una hoguera el gigante me olería, así que por el momento sería mejor descartarla.

Guardé la runa en el bolsillo de mi pantalón prometiéndome usarla si dejaba de notarme los pies. Mis dientes castañeaban, y el frío me envolvía, húmedo, atacando cada vez que me movía y dejaba de abrazarme a mí misma, pero no tenía ganas de delatar mi escondrijo a cambio de unos pocos grados de temperatura. Al menos todavía no.

Cerré la mochila, y observé mi mano, sorprendida. La hija de puta había sacado un caramelo sin haberle consultado al cerebro previamente. Lo sopesé en la palma, y sin querer pensármelo demasiado lo desarrollé y lo metí en mi boca.

El frío no desapareció, pero pasó a segundo plano mientras me entretenía con el dulce que bailaba en mi boca. Los dientes dejaron de castañear, y durante varios minutos el tiempo pasó volando.

Llegué incluso a relajarme y disfrutar del paisaje. El cielo estrellado y sin nubes a pesar de la época, la luna llena alumbrando con tonos plateados el borde del desfiladero, el ruido constante y relajante del arroyo, las siluetas de los montes que se adivinaban por la falta de estrellas en el horizonte, la figura que se acercaba por el desfiladero...

El subidón de adrenalina me sacó de mi estupor casi narcótico, y en mi interior se organizó un zafarrancho de combate. Cargué la mochila al hombro y desenfundé la pistola. Me quedé clavada en el sitio pero tensa, observando inmóvil como la figura se acercaba al saco, tanteándolo.

Me contuve de respirar durante varios segundos, mientras la enorme mole observaba el anzuelo de gamusinos. Demasiado fácil, le parecían decir todos los instintos. Su cerebro debió mantener un intenso debate interno mientras

intentaba adivinar si «demasiado fácil» era algo bueno o malo tratándose de comida, pero el olor embriagador de los gamusinos que se retorcían y chillaban como locos dentro del saco era demasiado atrayente.

El gigante agarró la bolsa y con avidez introdujo su enorme manaza en el interior. Una descarga eléctrica iluminó el desfiladero durante una milésima de segundo, y el monstruo quedó paralizado dejando caer el saco, del que una multitud de figuras indefinibles salieron huyendo despavoridas.

El hechizo que el dinero del padre Canastos me había permitido comprar había funcionado tan bien como esperaba, activándose en cuanto el gigante intentó abrir la bolsa. El brujo de Barcelona que me lo había preparado me había asegurado que era tan potente que sería capaz de paralizar a tres rinocerontes.

Con cuidado, me acerqué a la criatura, inmóvil, que, con la luna llena detrás, solo parecía una enorme masa negra indistinguible de otras montañas. Cuando estuve a pocos metros de él, me di cuenta de la engañosa perspectiva de la luna. El gigante era grande, mucho más grande de lo que me había imaginado.

Si tuviese que decir una cifra, diría que parecía tan grande como cinco rinocerontes.

La bestia dejó escapar un grito de rabia, y el hechizo que lo contenía estalló en miles de pedazos, junto con mis ilusiones de un trabajo fácil.

Hay demasiadas criaturas mitológicas, y nunca antes me había enfrentado a un gigante, así que hacer deberes nunca estaba de más. Había investigado todas las leyendas posibles sobre estas enormes bestias, y lo único que llegué a descubrir era que había muchas y muy diversas. Existían pocas maneras comunes de acabar con uno. Los vampiros eran criaturas terribles, que se alimentaban de sangre, po-